

LA BIBLIOTECA COMO ESPACIO EXPOSITIVO. EXPOSICIONES
VIRTUALES Y OTRAS FORMAS DE PRESENTACIÓN DE LOS FONDOS.

Ponencia presentada en las XII Jornada Técnicas de Bibliotecarios de la Iglesia
en España.

15 de marzo de 2017.

Eduardo Peñalver Gómez.

Voy a empezar mi intervención tomando prestadas sus palabras a un especialista en el libro antiguo, José Luis Gonzalo Sánchez-Molero, pronunciadas durante una conferencia sobre las exposiciones bibliográficas. Fue hace casi un año, en el curso de las I Jornadas de Gestión del Patrimonio Bibliográfico que organizó en Toledo el Grupo de Trabajo de Patrimonio de la Red Española de Bibliotecas Universitarias.

Las palabras son las siguientes:

«El libro antiguo [...] es también un objeto muy esquivo y huidizo ante el lector actual. Tanto, que en muchos casos provoca ciertas dosis de indiferencia o, incluso, de aversión»¹.

A mí me parece que estas palabras vienen muy a cuento porque cuando en el mundo de las bibliotecas históricas hablamos de difusión, ya sea a través de exposiciones, ya sea a través de un uso más o menos intensivo de las redes sociales, no hay que hacerse ilusiones acerca del número de personas a las que en última instancia somos capaces de llegar. Quienes trabajamos en bibliotecas históricas sabemos por experiencia que los usuarios que frecuentan las salas de investigación suelen poder contarse con los dedos de una mano.

Ello, el hecho de que la comunidad de usuarios de los libros antiguos no sea particularmente numerosa, no resta sin embargo un ápice de importancia al trabajo de difusión, por varios motivos, sobre algunos de los cuáles propongo en las páginas siguientes algunas reflexiones.

Vaya por delante que no hay ninguna necesidad de defender los beneficios de exponer los libros de una biblioteca, habida cuenta sobre todo de que las bibliotecas, especialmente las que cuentan con patrimonio bibliográfico histórico, presumen de contar entre los motivos que justifican su existencia el de atraer a los investigadores, dando la mayor difusión posible a sus fondos, especialmente a sus fondos históricos.

Las exposiciones, sean del tipo que sean, benefician a las instituciones-madre de las que dependen las bibliotecas, en la medida en que les da prestigio, además de beneficiar la digamos *causa general de la cultura*.

Por otra parte –y sigo con las ventajas--, la actividad expositiva en cierto modo compensa el a veces antipático papel que nos toca desempeñar a los profesionales de las bibliotecas y los archivos, cuando nos erigimos en guardianes e imponemos a los usuarios a veces severas restricciones en el acceso a los fondos históricos.

Ahora bien, vaya también por delante que a ese beneficio incuestionable siempre se ha podido oponer la afirmación más incuestionable todavía de que los libros no son objetos concebidos para ser expuestos. Al exponer un libro en una vitrina, abierto por una página determinada, no sólo hurtamos al visitante la finalidad misma para que ha sido

¹ Gonzalo Sánchez Molero, José Luis. «El libro antiguo: Los problemas para su difusión entre los lenguajes de musealización y la digitalización». En: I Jornadas de Gestión del Patrimonio Bibliográfico. Grupo de Trabajo de Patrimonio Bibliográfico de Rebiun (Toledo, 1 y 2 de junio de 2017): Número monográfico de RUIDERAE. Revista de Unidades de Información / coord. por Antonio L. Galán Gall, 2018, págs. 91-108. Disponible en línea: <https://revista.uclm.es/index.php/ruiderae/article/view/1618>.

concebido el libro, la lectura, sino que sometemos al objeto libro a un sufrimiento para el que no ha sido diseñado.

Para minimizar ese sufrimiento las bibliotecas y los archivos contamos hace tiempo con reglamentos que buscan entre otras cosas proteger a los libros, en ese viaje al exterior, de los peligros del mundo, a saber la luz, el calor, la humedad, y desgraciadamente a veces, también, el maltrato o la negligencia de las personas a las que se va a encomendar su custodia. Por más que a veces choque la meticulosidad de algunos de esos reglamentos, lo cierto es que sólo acatándolos con todo rigor se puede asegurar que los libros, pasado un tiempo prudencial, volverán al silencio y la seguridad de sus estantes.

Todos los profesionales de las bibliotecas son conscientes de esa doble naturaleza beneficiosa y problemática de las exposiciones bibliográficas. Son, además, responsables de que las instituciones para las que trabajan no pierdan nunca de vista que antes y por encima de cualquier otra consideración que pueda entrar en juego, su obligación es garantizar la integridad del patrimonio bibliográfico y documental. No sería la primera vez que se intenta presionar para que un ejemplar de un libro antiguo concorra a una exposición sin que se garantice al cien por cien la seguridad, y seguramente un estudio en profundidad de estos asuntos nos llevaría a la conclusión de que esas presiones suelen entrar en juego cuando la exposición en cuestión se organiza desde dentro.

En las presentes circunstancias, que en resumidas cuentas son las de una especie de furor expositivo que está inundando la red de exposiciones de libros antiguos, sin que nadie sepa a ciencia cierta si hay público para tanta erudición, el mundo de las bibliotecas debería hacer una pequeña reflexión acerca de la conveniencia de seguir por este camino. Yo adelanto que mi respuesta es positiva, pero siempre que se sepa aplacar ese furor y, sobre todo, siempre que se abjure del peligro cierto de la banalización. Una banalización que tiene mucho que ver con el culto a la imagen, más concretamente a la imagen digital, a esa imagen digital con que algunos engalanan la vacuidad de sus discursos.

No es muy abundante, por lo que yo sé, la bibliografía sobre el tema de la actividad expositiva en las bibliotecas, y en la que hay confluyen y se solapan disciplinas y yo diría que oficios muy distintos. Hay una percepción de nuestro tema desde el punto de vista museístico, digamos que el más profesional y al mismo tiempo el más filosófico. Hay otra percepción, que es la del visitante, en nuestro caso, si hablamos de bibliotecas históricas, el usuario de libros antiguos. Y hay una tercera percepción, que es en la que yo me voy a detener, que es la de los bibliotecarios.

Sí creo recomendable la lectura, fundamentalmente a título introductorio, de la ponencia de José Luis Gonzalo de que tomaba la cita con arrancaba esta ponencia.

La biblioteca como espacio expositivo físico

Esta ponencia lleva por título *La biblioteca como espacio expositivo*, y voy a referirme en primer lugar a la biblioteca como espacio físico expositivo, es decir, como sede de sus propias exposiciones. De un modo u otro casi todas las bibliotecas exponen parte de sus fondos –por ejemplo, las nuevas adquisiciones–, en vitrinas o incluso en estanterías

de libre acceso. Pero yo me estoy refiriendo aquí a las exposiciones, no importa su alcance, que muestran a sus usuarios ejemplares de libros, impresos o manuscritos, más o menos antiguos, o materiales especiales –grabados y mapas, fotografías, postales, incluso objetos. La variedad es enorme.

Pienso ahora, por ejemplo, en las pequeñas exposiciones de algunas bibliotecas de centro de la Universidad de Sevilla, que en una o dos vitrinas exponen algunos ejemplares singulares, o de ediciones singulares.

En el otro extremo, pienso en los amplios y bien acondicionados espacios que emplean como salas de exposiciones bibliotecas universitarias como la Biblioteca Histórica Marqués de Valdecilla, de la Universidad Complutense de Madrid, la Sala Duque de Calabria, en el Centro Cultural la Nau, de la Universidad de Valencia, la Biblioteca del Hospital Real, de la Universidad de Granada, o en la magnífica sala de la Biblioteca Histórica de la Universidad de Salamanca. Por supuesto, hay que mencionar entre esos espacios el Museo del Libro de la Biblioteca Nacional de España, y el espacio que ésta reserva para estas exposiciones, como el *Salón Italiano* donde recientemente se clausuró la exposición *Scripta*, una de las que se han celebrado para conmemorar el ochocientos aniversario de la Universidad de Salamanca.

Estos espacios expositivos las bibliotecas los suelen utilizar para organizar exposiciones con sus propios fondos, aunque son varias las circunstancias que condicionan el tipo de fondos que se pueden exponer. Cuando el espacio expositivo lo es por derecho propio, es decir, ha sido concebido como tal –es el caso de la sala de exposiciones de Marqués de Valdecilla o de la Sala Duque de Calabria de Valencia--, se pueden exponer con garantías casi cualquier tipo de fondos, aunque variando en función de las condiciones de seguridad, vigilancia, sistemas de climatización, etc.

Si, por el contrario, el espacio expositivo lo es por un esfuerzo de la imaginación de los bibliotecarios, las cosas no son tan sencillas, porque las condiciones ambientales, la incidencia de la luz natural, y la seguridad pueden presentar deficiencias que obligan a descartar exposiciones de determinados materiales. Y no debe incurrirse en el error de creer que se pueden exponer libros no demasiado antiguos –del siglo XIX o principios del XX, por ejemplo--, porque se da la circunstancias que son precisamente esos libros los que más sufren en condiciones adversas debido a la fragilidad de muchas de las encuadernaciones de este periodo –son libros que apenas resiste una lectura cuidadosa y que literalmente se deshojan al ser leídos—y a la vulnerabilidad del papel de madera, que empezó a emplearse en la década de los cuarenta del siglo XIX, frente al papel de trapo, que como todos sabemos es mucho más resistente.

Ni que decir tiene que debe evitarse la exposición a la luz natural directa, y que las condiciones de temperatura y humedad deben ser las que se aconsejan en la literatura de conservación del libro antiguo.

Un aspecto importante es la disponibilidad de vitrinas adecuadas, en las que los libros puedan exponerse con suficiente holgura. Si hay luz natural –de ningún modo luz solar directa—es necesario cubrir los cristales con filtros que impidan el paso de rayos ultravioletas y ultrarojos.

Y, por supuesto, las exposiciones deben tener una duración limitada, no superior a seis meses.

El resumen de lo que acabo de decir es una obviedad: en materia de exposiciones, una biblioteca no debería nunca infringir sus propias normas.

No es este el momento de profundizar en este tipo de medidas. Creo en todo caso que si alguna biblioteca opta por convertirse en espacio expositivo debe acudir, si no dispone de las suyas propias, a las *Normas de préstamo de obras de la biblioteca para exposiciones*, elaboradas por el Grupo de Trabajo de Patrimonio Bibliográfico, y disponibles en la plataforma *Travesía*, del Ministerio de Educación, Cultura y Deportes. Es también útil consultar los diferentes reglamentos de bibliotecas en materia de exposiciones, y no debería faltar de la biblioteca de apoyo de ninguna biblioteca con fondos históricos con patrimonio bibliográfico la obra *Bibliotecas y patrimonio : normas y recomendaciones sobre el acceso, tratamiento y uso de las colecciones de fondo histórico en bibliotecas españolas*, compiladas por Ramón Abad Hiraldo y publicadas en 2013 por la Federación Española de Asociaciones de Archiveros, Bibliotecarios, Arqueólogos, Museólogos y Documentalistas.

Modelos expositivos: exhibición, divulgación, difusión, investigación.

He querido pasar rápidamente sobre lo que podría considerarse la *intendencia* de una exposición física o presencial, para poder dedicar una parte de esta intervención, antes de entrar en el tema de las exposiciones virtuales, a una reflexión sobre lo que verdaderamente pretendemos cuando organizamos una exposición bibliográfica. Apuntaba al principio a los inconvenientes más evidentes de las exposiciones físicas –el sufrimiento físico de los ejemplares expuestos–, al riesgo de la banalización; apuntaba también, al mismo tiempo, a las virtudes de la difusión.

Cuando una biblioteca expone sus fondos está claro que, de entrada, está beneficiando a la institución de la que depende en términos de, digamos, *prestigio*. Beneficio que determinadas instituciones aprecian particularmente en ámbitos de fuerte competitividad, cuando no abierta rivalidad, como a veces es el universitario, por poner un ejemplo.

Pero más allá de ese prestigio, más allá de ese valor patrimonial sobre el que tanto se insiste, más allá de crear conciencia en la sociedad acerca de la importancia de su conservación –motivos plausibles sobre las que nada resta por decir–, yo creo que la labor de difusión de las bibliotecas con fondos históricos debe ir, en primer término, en la línea de mostrar sus libros antiguos como lo que verdaderamente son, que es la de una fuente inagotable de conocimiento histórico. El diálogo con el pasado se puede hacer a través de muchos testimonios de ese pasado, pero rara vez se logra un diálogo más directo que a través de la lectura de un libro antiguo, que es mucho más que la lectura de un texto, porque un libro antiguo es también lo que su deterioro –o integridad– nos digan, o sus anotaciones, encuadernación, expurgos, manchas, subrayados, exlibris, superlibros, y todo ese compendio de huellas que permiten la reconstrucción de la biografía de un ejemplar.

Lo que las bibliotecas históricas deben hacer con sus exposiciones es atraer a los usuarios para que tomen conciencia de que en los depósitos de nuestras bibliotecas –y de nuestros archivos--, también se tiene que escribir la historia.

Está claro que a día de hoy la tecnología ha puesto a nuestra disposición unas herramientas con las que hace algunos años ni siquiera nos hubiéramos atrevido a soñar, y algunas de las exposiciones virtuales de las que vamos a hablar en unos minutos lo demuestran. Sin embargo, creo que no deberíamos dejarnos impresionar demasiado por esas tecnologías, y recordar que a la hora de poner en pie una exposición hay algo más importante que el diseño o las piruetas tecnológicas de que seamos capaces, y ese algo es nuestra capacidad de presentar los libros como bibliotecarios que somos, seleccionados con criterio, presentados en un discurso coherente, descritos con rigor, y acompañados, en la medida de lo posible, de comentarios o estudios redactados por especialistas.

Discurso coherente e inteligible. En aras de la coherencia, debe estar claro quien manda en la exposición, quién es el comisario científico, que antes de empezar a seleccionar libros ni imágenes ni nada escribirá un guión que servirá de andamiaje de toda la estructura de la exposición. Es particularmente importante que haya cierta disciplina en la aceptación de los criterios del comisario, porque si se permite que cada participante – como organizador, patrocinador, o lo que sea—ponga su granito de arena, el resultado final puede ser francamente caótico.

Si por ejemplo una biblioteca decide hacer una exposición para dar a conocer sus *tesoros*, por coger un tema genérico y muy socorrido, no se puede obviar algún tipo de orden, agrupando las obras por periodos o siglos, o por disciplinas, o por tipos de documentos –manuscritos, impresos, cartografía, etc.

Una vez escrito el guión, aunque sea en borrador, se analizarán los recursos disponibles (dicho de otro modo, si la exposición es presencial, la realidad, en forma de metros cuadrados, número de vitrinas disponibles, dinero o materiales para confeccionar atriles, cartelas, carteles, etc.).

Cuando digo rigor, me refiero por ejemplo a la descripción que se recoge en las cartelas –las fichas que deben acompañar a los libros en las vitrinas y en las pantallas. Estas deben proporcionar los datos necesarios para la identificación de la obra, es decir el autor, si lo tiene, el título, abreviado si es necesario, el pie de imprenta y, muy importante, la localización.

En mi opinión no deben dar muchos más datos, aunque en algunos casos puede convenir acompañar la cartela con un breve texto, y por supuesto no está demás incluir paneles que ayuden a los visitantes a seguir sin perderse la narración que propone la exposición. Entiendo, de todos modos, que estos son elementos claves que abordará con mayor profundidad cualquier tratado de museística.

Y por último, hay un elemento de cualquier exposición que no deberíamos olvidar jamás, y es el de los catálogos. El catálogo puede ser simplemente el de las obras expuestas, con fichas más o menos breves (aunque aquí las descripciones pueden ser más minuciosas), o puede incluir comentarios más o menos extensos, e incluso estudios temáticos. Ni que decir tiene que al hablar hoy de publicar un catálogo en general

hablamos de publicarlo en formato electrónico, aunque quizás en España nos estamos resistiendo algo más que en otras latitudes a abandonar el papel, y a todos nos gusta tocar los libros con las manos. Ya se nos pasará.

Pero el catálogo no es un asunto menor. Las exposiciones siempre son temporales. Incluso las virtuales, por mucho que algunos se hagan ilusiones respecto a su inmortalidad, tienen fecha de caducidad, porque las plataformas que las soportan, los programas con los que han sido creadas, probablemente en un par de lustros no tendrán cabida en los nuevos dispositivos. Si me equivoco no será en el fondo del asunto, sino si acaso en el número de lustros. La supervivencia de las exposiciones se da en los catálogos, y la medida del éxito de las exposiciones la determinan, por un lado, el número de visitantes (aunque este dato viene contaminado por el gran número de visitantes *cautivos*, es decir, arrastrados a las exposiciones en visitas escolares o grupos de turistas), y por otro el número de veces que se consultan los catálogos.

Para las bibliotecas las exposiciones de los fondos propios tienen el valor añadido evidente de que a su sombra se redactan catálogos temáticos a los que siempre recurriremos en el futuro. Son legión las exposiciones, alejadas muchas décadas en el tiempo, a las que podamos regresar en cierto modo gracias a sus catálogos. Por poner un ejemplo próximo, el catálogo que lleva por título *Un Tesoro en la Universidad de Sevilla*, que redactaron Rocío Caracuel, la antigua directora de la BUS, y Aurora Domínguez, profesora del Departamento de Literatura Española, para la exposición que se celebró en 1993 en el edificio de la Fábrica de Tabacos, se sigue consultando actualmente para ilustrar las visitas a la biblioteca, y para generar noticias en el blog de la Sección de Fondo Antiguo de la Biblioteca, noticias dedicadas a las obras individuales expuestas. Algunos más recientes, como el de la exposición de *Fondos y Procedencias: Bibliotecas en la Biblioteca de la Universidad de Sevilla*, es un referente obligado para la historia de la Biblioteca de la Universidad de Sevilla, amén de abrir muchas puertas para investigaciones futuras. Las imágenes de encuadernaciones, acompañadas de fichas técnicas y descripciones a cargo de Antonio Carpallo Bautista, del catálogo de la exposición *Encuadernaciones en la Biblioteca Complutense*, que se celebró en 2005, son y seguirán siendo por mucho tiempo de gran utilidad para los catalogadores de libros antiguos poco duchos en el campo de la encuadernación... Y hay muchos más ejemplos.

Otro factor que debería animar a las bibliotecas que exponen sus fondos a no olvidar la publicación del catálogo, es el de premiar —ya que esa cooperación suele recabarse sin remuneración alguna— la colaboración de los profesores y los investigadores que hayan redactado los comentarios y los estudios científicos. En los tiempos que corren, en España una publicación con ISBN es un bien bastante preciado para los docentes y los investigadores.

Ejemplos

Sin ánimo de exhaustividad, puede ser ilustrativo un recorrido por las bibliotecas con fondos históricos que han decidido volcar al menos una parte de su esfuerzo en organizar exposiciones propias, presenciales y virtuales.

Les propongo como primer ejemplo, para empezar por el Norte, por la Biblioteca de la Universidad de Navarra, particularmente activa en los últimos diez años, y que

proporciona en su portal de Internet información sobre las exposiciones de libros antiguos que ha organizado: son nada menos que 33 [exposiciones presenciales](#) entre 2006 y 2017, y 36 virtuales, entre 2004 y 2017. Las [exposiciones presenciales](#) se hacen el vestíbulo de la Biblioteca de Humanidades. El histórico de exposiciones, ordenado por fechas, da acceso a una pequeña guía en PDF y, en su caso, a la versión virtual. Son pequeñas pero muy bien ilustradas muestras en torno a un tema o una figura, aportando una serie de breves textos explicativos y una selección de obras de las que se muestra una miniatura –con opción a visualizarla en tamaño grande—y el enlace al registro correspondiente en el catálogo de la Biblioteca de la Universidad de Navarra.

A mí me parece que hay dos aspectos que merece la pena destacar en esa actividad de divulgación a que se están entregando desde hace tiempo las compañeras de Navarra: En primer lugar, una saludable capacidad de innovación –las exposiciones no se parecen unas a otras, y se adaptan muy bien a los diferentes temas--, y en segundo lugar el evidente esfuerzo de colaboración, quizás mayor en los últimos años, con otras unidades de la Universidad, y creo que alguna institución externa. Por ejemplo, la exposición “[Medicina y Música a través del tiempo](#)” (2015) contó la participación de la Facultad de Medicina y el Instituto Cultura y Sociedad; la que lleva por título “[Santa Teresa, entre las artes y las letras](#)”, fue fruto de la colaboración con la Cátedra de Patrimonio de Arte Navarro, el Grupo de Investigación del Siglo de Oro (GRISO), y el Instituto Superior de Ciencias Religiosas.

Siguiendo nuestro recorrido por España nuestra segunda parada es en el Centro de Recursos para el Aprendizaje e Investigación de la Universidad de Barcelona, que es sin duda una de las bibliotecas que más activa se muestran en el capítulo de las exposiciones virtuales, yendo mucho más allá del ámbito de los libros antiguos, que en este caso se engloban en la sección de Reserva. Ciñéndonos al fondo antiguo, el CRAI de la Universidad de Barcelona da acceso en su portal a 14 [exposiciones virtuales](#) entre 2001 y 2017.

En la temática prima el criterio conmemorativo, y en cuanto a los modelos de presentación, generalmente consiste en breves comentarios que acompañan a las obras, de las que se muestran algunas imágenes y enlaces a los registros en el catálogo y, si existe, a las versiones completas digitalizadas de los libros. La última exposición virtual del fondo de reserva del CRAI de Barcelona está dedicada a [Antoni Agustí i Albanell](#), a quien recientemente la propia Universidad ha dedicado un seminario. La página de inicio consiste en un texto de presentación y acceso a tres “vitrinas”, dedicadas la primera a los ejemplares manuscritos de Agustí en la biblioteca, la segunda a sus impresos, y la tercera a libros sobre su persona. Si se accede a la sala, se muestran en miniatura imágenes de los ejemplares seleccionados, que llevan otra página donde se muestra la imagen a tamaño grande acompañada de un texto explicativo y enlace al libro completo digitalizado, en este caso en la [Biblioteca Digital Patrimonial de la Universidad de Barcelona](#).

Otro ejemplo de biblioteca universitaria que mantiene desde hace años una activa política expositiva es el de la Universidad de Salamanca, si bien en este caso se limita a exposiciones presenciales. La página web de la Biblioteca de la Universidad de Salamanca da noticia de 24 exposiciones entre 1946 y la actualidad, la última de las cuales, *Scripta: tesoros manuscritos de la Universidad de Salamanca*, por cierto, no ha tenido lugar en la Biblioteca de la Universidad de Salamanca, sino en la Biblioteca

Nacional de Madrid, en el contexto de la celebración del ochocientos aniversario de la fundación de la Universidad.

Desde 1999, fecha de la primera exposición registrada en el listado de exposiciones que proporciona en su página web, hasta 2017, la [Biblioteca Histórica Marqués de Valdecilla](#), de la Universidad Complutense de Madrid da noticia de más de un centenar de exposiciones, muchas de ellas clasificadas como microexposiciones, a veces en torno a un único libro. Algunas de las noticias proporcionadas en el listado de exposiciones son muestras presenciales, celebradas en el magnífico espacio expositivo de que dispone esta biblioteca. Creo que merece la pena detenerse en la idea de la microexposición, porque es un tipo de proyecto que, con relativamente poco esfuerzo, *invita* a los usuarios de una biblioteca a profundizar en un autor, o en una obra concreta, incluso un grabado, y puede, si se hace bien, señalar determinado rumbo a un estudiante indeciso ante la elección de un tema para un Trabajo de Fin de Grado, por poner un ejemplo. Me vale para lo que estoy diciendo la microexposición [El legado bibliográfico de Alfredo Adolfo Camús \(1817-1889\) en la Biblioteca Histórica de la Universidad Complutense de Madrid](#), exposición que se concentra en dos únicas vitrinas, pero que da pie a proporcionar un listado de los 1198 libros del “legado Camus” de la Biblioteca, y una pequeña reseña bio-bibliográfica.

Más sobre proyectos expositivos

La enorme cantidad de proyectos expositivos en bibliotecas hace prácticamente imposible ofrecer una panorámica general ni entrar en el detalle más que de algunos casos concretos, como acabamos de hacer. Obliga además a hacer una selección que sin duda deja de mencionar proyectos muy meritorios.

Un intento de crear una especie de guía para movernos en este cada vez más exuberante mundo de las exposiciones virtuales lo encontramos en la página web de la Institución Smithsonian (*Smithsonian Libraries*): se trata de un [base de datos](#) de exposiciones virtuales en la web, sostenido por el personal de las bibliotecas de la Institución. Es un directorio muy simple, que permite hacer búsquedas por títulos de exposiciones, por las instituciones que las organizan y por materias, y que permite además delimitar por países.

De un modo mucho menos ambicioso, la [Guía de Fondo Antiguo](#) de la Biblioteca de la Universidad de Sevilla, en su sección dedicada a [Otros recursos](#), da acceso directo a algunas bibliotecas que mantienen una política muy activa de exposiciones virtuales, como son la British Library, la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos y la Biblioteca Nacional de Francia. Estas dos últimas bibliotecas proporcionan ejemplos bellísimos, sobre todo la segunda, de exposiciones bien diseñadas, con contenidos muy bien seleccionados, y con un componente didáctico que no debería faltar en estas actividades de difusión.

Yo voy a cerrar el capítulo de los ejemplos hablándoles de los proyectos expositivos del Fondo Antiguo y Archivo Histórico de la Biblioteca de la Universidad de Sevilla, proyectos que conozco de primera mano y que vienen realizándose desde hace más de una década, en realidad desde poco después de que se inaugurara el Portal de Fondos Digitalizados de la BUS.

Amén de otros proyectos más alejados en el tiempo, la exposición con la que la BUS inaugura la serie de exposiciones es la ya mencionada *Un Tesoro en la Universidad de Sevilla*, que en 1993 se celebró en el patio de la Fábrica de Tabacos, y a la que concurrieron las piezas más valiosas de la Biblioteca, incluyendo la Biblia de Gutenberg. El objetivo de Rocío Caracuel cuando organizó aquella exposición miraba en una triple dirección: la propia institución, la ciudadanía, y los profesionales de la propia biblioteca. Diez años después de esta exposición arrancaba el [Portal de Fondos Digitalizados de la Biblioteca de la Universidad de Sevilla](#)² y, al hilo de las primeras digitalizaciones, se empezaban a organizar pequeñas exposiciones, los primeros años sólo virtuales. A principio las exposiciones virtuales se hacían con presentaciones en Power Point o en algunos de esos programas de corta vida, como *Captivate*. En general en estas fechas, en torno a 2005, las exposiciones virtuales utilizaban programas no concebidos para ese fin.

Más adelante, con el apoyo de la Sección de Informática, fue posible hacer exposiciones que utilizaban aplicaciones *ad hoc*, pergeñadas por el propio personal de la biblioteca, y con diseños trabajados también en la propia biblioteca. La primera exposición que organizamos de este modo fue la que llevaba por título *Relaciones de Sucesos en la BUS: Antes de que existiera la prensa...*

Previamente, la sección se volcó en la identificación del mayor número de relaciones de sucesos existentes en el fondo bibliográfico, y el proyecto de digitalización se dedicó casi en exclusiva a su digitalización. Aunque desde el punto de vista de la funcionalidad y de la apariencia la exposición de *Relaciones* parece hoy algo desfasada, hay varios aspectos que me interesa destacar. En primer lugar, que fue un trabajo en cooperación, pues el proyecto fue codirigido por la Sección de Fondo Antiguo de la Biblioteca y profesores y bibliotecarios de la Facultad de Comunicación. En segundo lugar, participaron como colaboradores nueve profesores de la Universidad de Sevilla, que redactaron los estudios para cada una de las nueve salas, estudios que pueden descargarse en PDF. En tercer lugar, se incluyó como parte esencial de la exposición un catálogo –también en PDF-- que incluía todas las relaciones de sucesos identificadas en el Fondo Antiguo de la BUS. En cuarto lugar, desde ese catálogo se proveyó acceso a todas y cada una de las relaciones digitalizadas a texto completo. En cuanto a la estructura, cada responsable de sala seleccionó un número de relaciones ilustrativas para el tema sobre el que versara, visualizándose la primera página o la portada de cada relación, y una pequeña cartela con los datos. Por último, tanto los estudios como el catálogo dieron lugar a una publicación que corrió a cargo de la biblioteca.

Al año siguiente el tema escogido para la exposición fue la [cartografía histórica](#). Como en el caso de las relaciones de sucesos, el motivo principal de la exposición era destacar una parte del fondo en la que nuestra biblioteca fuera particularmente rica. Si bien no contamos con mapas exentos antiguos, sí poseemos una colección muy rica en atlas, y libros de geografía que cuentan con mapas entre sus ilustraciones. Con algunas diferencias de diseño, el modelo de exposición era semejante en todos sus términos al de relaciones de sucesos: un proyecto colaborativo, en el que participaron junto a la Biblioteca de la Universidad varios profesores del Departamento de Geografía de la Universidad de Sevilla y el Instituto Andaluz de Cartografía. En este caso, el beneficio para la biblioteca vino del vaciado de los libros con mapas, que dió como resultado un

² Los fondos digitalizados de la Biblioteca de la Universidad de Sevilla se consultan actualmente en la plataforma archive.org: <https://archive.org/details/bibliotecauniversitariadesevilla>

catálogo de cuatro mil mapas aproximadamente. Se idearon algunas herramientas de visualización, para que los mapas seleccionadas para cada sala se pudieran visualizar individualmente, o en el contexto de los libros a los que pertenecían.

Vistas retrospectivamente, estas dos exposiciones, que datan de 2008 y 2010, se nos antojan un poco anticuadas, y algunos de los programas informáticos que se utilizaron han ido perdiendo operatividad al no encajar bien en los nuevos sistemas operativos. De hecho, si queremos garantizar la supervivencia de estas exposiciones, es posible que tengamos que pensar en una migración a plataformas donde puedan seguir consultándose.

Un punto de inflexión en el desarrollo de la política de difusión del fondo antiguo vino de la mano del Grupo de Patrimonio de REBIUN, cuando en 2010 se decidió organizar una exposición con fondos americanistas de todas las bibliotecas universitarias españolas, para conmemorar el bicentenario de la proclamación de la independencia de las repúblicas hispanoamericanas. La exposición iba a ser presencial, pero el estallido de la crisis hizo que se recondujera el programa y se optó por hacer una exposición virtual, encargándola a la empresa Tannhauser-Estudio la maquetación y el diseño. El comisariado de la exposición se encargó al Grupo de Patrimonio, pero la sede virtual de la exposición y el punto en el que se centraron los trabajos fue en la Universidad de Sevilla.

El resultado fue *América Escrita*, una exposición dividida en siete salas generales, cada una con varias secciones, en las que el espacio virtual remedaba una sala de exposiciones real, remedando incluso el murmullo de los visitantes. Cada obra se representaba como si fuera un cuadro en una pared, con una cartela a la derecha que incluía un comentario y el enlace a los libros completos digitalizados, en formato PDF.

América Escrita dió la oportunidad a la Biblioteca de perfeccionar su programa de exposiciones virtuales, y de abordar el proyecto de una plataforma que permitiera crear exposiciones virtuales que permitieran a los usuarios recorrer galerías con imágenes de libros y acceder a los textos explicativos a los libros digitalizados, sin tener que contar cada vez con un programador. La propia empresa Tannhauser adaptó la aplicación creada para *América Escrita*, y con ella se hicieron varias exposiciones, entre las que quiero destacar *La Antigüedad en el Fondo Antiguo de la BUS* y *Fondos y Procedencias*, proyecto éste particularmente ambicioso porque de lo que se trataba era de reconstruir la historia de la biblioteca de la Universidad de Sevilla a través de la historia de las bibliotecas que la han formado a lo largo de los siglos. La exposición contaba con dos salas para los primeros siglos, una dedicada a la librería del Colegio de Santa María de Jesús y a la donación del Cardenal Belluga, en 1750, otras dos para los dos grandes procesos incautadores que ha conocido España, el derivado de la expulsión de la Compañía y el de la Desamortización, una quinta sala dedicada a los legados y las donaciones, y dos más, para finalizar, para dar cabida a dos fondos un tanto especiales: el de la Escuela Industrial Sevillana, y el de los fondos árabes. Cada centro jesuítico, cada convento, cada donante tiene su propio espacio virtual con un estudio y una selección de libros, para todos los cuales se da enlace al texto completo.

En 2015, la Biblioteca optó por cambiar la aplicación con la que había estado trabajando hasta ese momento y decidió utilizar un programa abierto disponible en la red y que,

aunque no ha sido creado exprefeso para hacer exposiciones virtuales, estaba ya siendo utilizado por muchos museos y muchas bibliotecas precisamente con esa finalidad. Wikipedia define OMEKA como un

«software libre, flexible y de código abierto pensado para la publicación en el web de colecciones digitales de bibliotecas, archivos, museos o cualquier otra institución que desee difundir su patrimonio cultural.

Se trata de una plataforma interoperable, que cumple con el estándar OAI-PMH. La gran diferencia con otros programas pensados para construir repositorios digitales, es que Omeka no sólo es capaz de almacenar y mostrar colecciones digitales, sino que también permite crear exposiciones virtuales en torno a estas. El sistema permite asociar una plantilla (apariencia) diferente a cada exposición. Europeaana, entre otras instituciones, utilizan Omeka para distribuir sus exposiciones virtuales».

No es este el espacio para explicar cómo funciona OMEKA. Es una aplicación sencilla y flexible, con la que resulta sumamente fácil montar exposiciones. En el portal de la Biblioteca de la Universidad está disponible la documentación necesaria para trabajar con OMEGA: [guía de instalación y uso](#), [manuales](#), [guía para la importación de elementos](#), [guía para la creación de plantillas](#).

Aparte de un par de artículos mencionados en la bibliografía, y la guía disponible en la BUS, la propia organización de OMEKA ofrece información útil en su página web: <http://www.omeka.org>.

En la nueva fase la Biblioteca de la Universidad de Sevilla se propuso, además, alojar las exposiciones en un único espacio virtual. Actualmente en expoBUS, la plataforma en la que se alojan todos los proyectos expositivos, y no sólo los del Fondo Antiguo, utilizamos dos plantillas, la llamada *Códices*, por haber sido precisamente una exposición de codices miniados la primera que la utilizó, y la llamada *Arguijo*.

La plantilla *Códices* se emplea preferiblemente para exposiciones con un único espacio o una única sala, en la que se disponen las obras en tantas filas como sea necesario. Al seleccionar una obra, se abre una página en la que lo que se ofrece al visitante es un texto con imágenes, y con enlaces a la obra completa digitalizada. Esta plantilla se basa en un diseño presente en varias exposiciones de Europeaana.

La plantilla *Arguijo*, que es la que utilizamos con más frecuencia, ofrece un planteamiento completamente distinto, haciendo que los usuarios recorran la exposición siguiendo una galería de imágenes, o seleccionado las salas en el menú superior.

La creación de una exposición es relativamente sencilla. Tras una primera fase, en la que se crea el digamos armazón de la exposición, es decir, la exposición con las diferentes salas y, si se desea, las diferentes secciones dentro de cada sala (la ordenación y la jerarquización son muy sencillas), se agregan los elementos. Los

elementos son registros en los que se introducen los datos de las obras –autores, título, signatura, enlace e libros completos digitalizados, signatura, enlace a comentarios, datos de edición, etc—y a los que se adjunta la imagen que queramos que se visualice. Una vez creados los elementos, se entra en las diferentes salas y se van agregando los elementos correspondientes. Además de la selección de la apariencia de la exposición, OMEKA facilita enormemente la selección de opciones de diseño como fondos, tipos de fuentes, imágenes de portadas, etc.

Otras herramientas de difusión.

Las posibilidades de difusión de las bibliotecas con fondo antiguo dan para una extensa monografía, y aquí sólo hallo espacio para unos breves apuntes. La difusión del patrimonio bibliográfico tiene hoy en las exposiciones y en las exposiciones virtuales unas perspectivas francamente halagüeñas, pero las herramientas que están hoy a nuestra disposición permiten llegar a los usuarios, y hacer que los usuarios lleguen a nosotros, a través de otras vías que yo agruparía bajo dos epígrafes: la digitalización –de la que vamos a tratar aquí sólo de pasada –sólo para recordar que es en la posibilidad de dar acceso a los libros completos descansa la mayor virtud de las exposiciones virtuales-, las llamadas redes sociales, y las guías de recursos.

El impacto de la digitalización en la relación de las bibliotecas con fondos históricos y la comunidad de usuarios es evidente, y las ventajas están fuera de discusión. Las redes sociales, en cambio, sí deben ser objeto de reflexión por parte de los bibliotecarios. Las redes sociales son fáciles de utilizar y, según nos dicen quienes se ocupan de contabilizar el número de personas que las visitan, llegan a números muy altos de usuarios.

Quizás habría que recordar llegados a este punto que una biblioteca histórica no tiene por qué aspirar a llegar a un número muy elevado de usuarios por la sencilla razón de que el número potencial real de usuarios de una biblioteca histórica es, y lo seguiría siendo siempre, extremadamente limitado. Sin quitarle importancia a determinadas actividades como las visitas guiadas, a través de las cuáles llegan a nuestras bibliotecas usuarios de muy diferentes ámbitos, lo cierto es que los usuarios reales –los que vienen a consultar nuestros libros—son usuarios altamente especializados, básicamente graduados y doctorandos, profesores universitarios e investigadores, casi siempre de disciplinas humanísticas, y muy a menudo profesores de Enseñanza Media. Las razones de ese llamémosle *público escaso* –pero selecto, dicho sea de paso-- son obvias: muchos de nuestros libros están escritos en latín, y cuando están escritos en español lo están en uno que no a todo el mundo resulta fácil de leer. Debe tenerse también en cuenta el predominio de la religión y el derecho –la parte del león en el fondo antiguo de cualquier biblioteca--, disciplinas que no llaman precisamente a la *masificación*. No hay, fuera de círculos restringidísimos, muchos usuarios dispuestos a leerse un manual de confesores, un tratado de casuística, o los *Comentarios a Job*, de Juan Pineda, o un tratado de derecho romano. Los libros antiguos de medicina, o de filosofía o historia natural, los tratados de astronomía, son libros valiosos y estimados en las bibliotecas, pero el número de usuarios que se sientan en las mesas de nuestras salas de investigación a leerlos se puede contar con los dedos de una mano.

La idea de llegar a un gran número de usuarios a través de las exposiciones y las redes sociales es una buena idea, pero debemos ser realistas acerca de su verdadero impacto. A muchos usuarios nuestras noticias en un blog, nuestras entradas en facebook, nuestras imágenes en flickr, nuestros mensajes en twitter, sólo les servirá para tener noticia de nuestra existencia (si es que se quedan el tiempo suficiente para fijarse en ella) y hacer llegar determinadas noticias, y sólo a un pequeño número le servirá para llegar realmente a un libro y decidirse a hojearlo o leerlo, ya sea a través de su sucedáneo digital, ya sea visitando la sala de lectura de la biblioteca en cuestión. No quiero decir que conseguir que muchos usuarios sepan que existimos sea un logro menor, sino que ese no puede ser nuestro principal objetivo.

Una de las herramientas que más utilizan las bibliotecas históricas para atraer la atención de los usuarios son los blogs. Sumamente útil –y no sólo para los blogs, sino para cualquier tipo de recursos relacionado con la gestión del patrimonio bibliográfico—son los directorios que ofrecen la magnífica [Guía de la Biblioteca Histórica de la Universidad de Salamanca](#), y la guía [Blogs de Fondo Antiguo](#), de la Biblioteca Histórica de la Complutense. Todos conocemos la mayoría de estos blogs, sostenidos por bibliotecas. Sólo por citar algunos de bibliotecas institucionales: [Blog de la Biblioteca Nacional](#), [Folio Complutense](#), de la Biblioteca Histórica Marqués de Valdecilla, el [Blog de Reserva de la Biblioteca de la Universidad de Barcelona](#), [Mercurio Salmantino](#), de la Biblioteca Histórica de Salamanca, y [Blog del Fondo Antiguo](#), de la Biblioteca de la Universidad de Sevilla.

Desde el punto de vista de su capacidad para ofrecer al mismo tiempo mensajes puntuales –el anuncio de una exposición, por ejemplo-- y contenidos de una cierta extensión y profundidad –un comentario sobre un libro---, los blogs siguen siendo una herramienta interesantísima y de enorme utilidad, si bien su gestión exige un compromiso a veces difícil de sostener. Un blog debe mantener cierto nivel de actividad que no siempre es fácil sostener: crear una noticia semanal, pongamos por caso, significa que una persona tiene que seleccionar un tema, redactar un texto, generalmente insertar una o varias imágenes, y publicar la entrada. Parece sencillo, pero no todas las semanas se tiene algo nuevo que contar, y casi ninguna se tiene verdaderamente tiempo para contarlo. Muchos blogs recurren al expediente de aprovechar el blog para informar sobre los avances en catalogación: por ejemplo, el blog de Reserva de la Universidad de Barcelona saca de cuando en cuando una lista de los últimos libros que se han catalogado; otras, como la Biblioteca de la Universidad de Sevilla, edita entradas anunciando exposiciones o jornadas, regularmente rescatando libros de anteriores exposiciones, o informa sobre las últimas digitalizaciones; otras aprovechan efemérides para insertar entradas temáticas.

Apenas hemos tenido tiempo de profundizar en las fórmulas de difusión de que disponemos actualmente las bibliotecas históricas. La bibliografía, como decía al principio, no es muy abundante, y a veces no va más allá de decir algunas obviedades sobre las redes sociales y sus posibles aplicaciones: nada que no tengamos ya en mente la mayoría de los bibliotecarios. Piénsese en el espacio que dedican a las exposiciones y a la difusión en Internet los pocos manuales sobre gestión del libro antiguo que poseemos en España.

Bibliografía:

---- Alcaraz Martínez, Ruben. Omeka: exposicions virtuals i distribució de col·leccions digitals. *BiD: Textos universitaris de biblioteconomia i documentació*, ISSN-e 1575-5886, N.º. 28, 2012.

---- Berger, Sidney E. *Rare books and special collections*. London: Facet Publishing, 2014. Especialmente, aunque sin entrar demasiado en profundidades, en los capítulos 11 y 13.

---- *Bibliotecas y patrimonio : normas y recomendaciones sobre el acceso, tratamiento y uso de las colecciones de fondo histórico en bibliotecas españolas*. Compilación e índices Ramón Abad Hiraldo. Madrid: Federación Española de Asoc. Archiveros, Bibliotecarios, Arqueólogos, Museólogos y Documentalistas, 2013.

---- Gonzalo Sánchez-Molero, José Luis. El libro antiguo: los problemas para su difusión entre los lenguajes de musealización y la digitalización. En: I Jornadas de Gestión del Patrimonio Bibliográfico. Grupo de Trabajo de Patrimonio Bibliográfico de Rebiun (Toledo, 1 y 2 de junio de 2017): Número monográfico de RUIDERAE. Revista de Unidades de Información / coord. por Antonio L. Galán Gall, 2018, págs. 91-108.

---- Herrera Morillas, José Luis. Las bibliotecas y las exposiciones virtuales: orientaciones para su diseño. *Scire: Representación y organización del conocimiento*, ISSN 1135-3716, Vol. 11, N.º 1, 2005, págs. 113-122.

---- Herrera Morillas, José Luis. El patrimonio bibliográfico a través de los museos y exposiciones virtuales: análisis y descripción del contenido. "Scire: Representación y organización del conocimiento". Vol. 8, N.º 1, 2002, págs. 157-172

---- Laura Espert Moreno, Victoria Rodrigo Fuentes, Yolanda Ruiz Ruiz. Exposiciones en y desde la biblioteca: claves y estrategias para la difusión y puesta en valor del patrimonio bibliográfico. En *Aunando personas, uniendo caminos*, coord. por Ana María Real Duro, 2014, ISBN 978-84-92876-42-6, págs. 205-212. Recoge los contenidos presentados a: Jornadas bibliotecarias de Andalucía (17. 2013. Jaén).

---- Mensaque Urbano, Julia. Expobus, un nuevo espacio virtual de exposiciones de la biblioteca de la universidad de Sevilla. RUIDERAE: Revista de Unidades de Información, ISSN-e 2254-7177, N.º. 12, 2017 (Ejemplar dedicado a: I Jornadas de Gestión del Patrimonio Bibliográfico).

---- [Normas de préstamo de obras de la biblioteca para exposiciones](#). En: Jornadas de Cooperación Bibliotecaria Grupo de Trabajo de Patrimonio Bibliográfico. Madrid, Ministerio de Educación Cultura y Deportes, 2002.

---- REBIUN. Grupo de Patrimonio. El Patrimonio Bibliográfico de las Bibliotecas Universitarias en la Red. *Boletín de la ANABAD*, ISSN 0210-4164, Tomo 61, N.º 4, 2011, págs. 117-146.

---- Saorín Pérez, Tomás. Exposiciones digitales y reutilización: aplicación del software libre Omeka para la publicación estructurada. MÉI: Métodos de Información, ISSN-e 2173-1241, Vol. 2, N.º. 2, 2011 (Ejemplar dedicado a: Patrimonio digital), págs. 29-46.

